



Capítulo 55



ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO II

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo II
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: mayo de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-38-1

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07737

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300396

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Reminiscencias de un personaje especial

AMELIA BARRIOS

José María Arguedas. Clamor, sangre y corazón del Perú, es mi calificación para él.

Muchas veces en el Perú, los paisanos no se conocen en su propia tierra, sino generalmente en la capital, en Lima.

A José María lo conocí en el Club Apurímac, ubicado en la cuadra 2 de la Avenida Brasil, frente a la Iglesia de María Auxiliadora. De esto hace cincuenta años. En esa ocasión fue que me contó que había ganado los Juegos Florales en México. Me dijo también que le gustaría mantener nuestra amistad, que recién se iniciaba, y se alegró de que su tierra natal, Andahuaylas, fuera también la mía.

José María Arguedas Altamirano pertenecía, por la rama materna, a una familia muy conocida y querida de Andahuaylas, e inclusive en todo el departamento de Apurímac, y también en el Cusco.

Nos veíamos con frecuencia en el Ministerio de Educación, donde yo trabaja y al que él acudía por diferentes motivos referentes a su actividad literaria, y porque en dos ocasiones había



prestado servicios allí. Un día, al visitar la Dirección General de Educación, cuya directora era la doctora Isabel de la Peña de Calderón, con quien yo trabajaba por ese entonces, José María me dijo que le gustaría que yo trabajara con él en la Casa de la Cultura del Perú, que se acababa de crear y de la cual lo habían nombrado director. Le hicimos la consulta a la doctora Calderón y ella dijo que no había ningún inconveniente con mi traslado a dicha institución.

Yo no hacía mucho que había regresado de Francia, después de un año en que hice uso de una beca de la Cooperación Técnica Internacional del gobierno francés, para la que me había propuesto el doctor Francisco Lizarzaburo, en ese entonces director de educación secundaria del Ministerio de Educación.

Con todo agrado pasé a trabajar en la Casa de la Cultura del Perú, que se instaló en lo que antes era la Casa de Pilatos, en el jirón Ancash, frente a la Iglesia de San Francisco. Al comienzo trabajé con Delfina Otero, quien tenía a su cargo la organización y la adjudicación de los premios nacionales de cultura.

Posteriormente, José María gestionó mi nombramiento como secretaria general de la Casa de la Cultura del Perú, que después de un tiempo cambió su denominación por la de Instituto Nacional de Cultura.

Cuando José María viajaba a diferentes países, me enviaba tarjetas postales escritas en quechua que más o menos decían lo siguiente: «Estoy conociendo y admirando testimonios muy interesantes del pasado histórico y cultural de algunos países, pero no hay parangón con nuestro país, el Perú es único».

Al regresar de uno de sus viajes, esa vez a México, reunió al personal de la institución y nos contó de la gran impresión que le había causado el Museo Arqueológico de ese país. Nos dijo que era muy lindo, maravilloso, que albergaba valiosos testimonios del pasado histórico, social y cultural de México. En ese momento vi que sus ojos anegaron en lágrimas y expresó: «Pensar que nuestro país, el Perú, tiene una cantidad apreciable de valiosos y ricos testimonios de su pasado, que no se han podido exhibir en su integridad, por falta de un ambiente propicio, a causa de nuestro exiguo presupuesto».

Durante el primer tiempo de actividades de la institución, acudían al local muchas personas que iban adquiriendo notoriedad y renombre, como Chabuca Granda, la eximia compositora, que también era de Apurímac (decía que había nacido en «Cotabambas Aurarias»). Ella y José María tenían el proyecto de publicar

un libro sobre Apurímac; ella con sus composiciones musicales y él con su literatura tan especial.

También era asiduo concurrente el escritor Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura 2010. Como él quería participar en alguna actividad de la institución, José María lo incluyó en el programa de inauguración del Salón de la Cultura y su disertación fue muy aplaudida. José María también lo apoyó, en nombre de la institución, para su viaje a Yarinacocha, en la selva norte del Perú, donde Mario escribió parte de una de sus novelas.

Carlos Cueto Fernandini y su esposa Lily siempre se reunían con José María. Eran muy amigos y compadres. Otro de los que asistía al instituto era Jhon Murra, historiador norteamericano, que era muy amigo de José María y admirador de sus obras literarias. Todas estas personas se reunían también con Abelardo Oquendo, Juan José Vega, Emilio Adolfo Westphalen, Esther Allison Bermúdez, Francisco Izquierdo Ríos, Mario Florián, Josafat Roel Pineda, Paco Pinilla, Amelia Aranibar de Beraún, Luz Graciela Ravines García —que era la secretaria de José María—, Beatriz Wendorf, todos los cuales formaban parte del personal del Instituto Nacional de Cultura.

José María Arguedas, junto con otras muchas personas, gestionó además la venida de Alemania de nuestro compatriota Manuel Cuadros Bar para que se hiciera cargo de la dirección del coro del Estado. Tramitó igualmente la venida del famoso director de orquesta mexicano Luis Herrera de la Fuente para que dirija la Orquesta Sinfónica Nacional que, en esos momentos, pasaba por un periodo difícil.

A veces acudíamos en grupos a la peña Pancho Fierro, cerca a la Iglesia de San Agustín, donde la anfitriona era Alicia Bustamante, cuñada de José María, y nos atendía muy bien. Pasábamos momentos muy gratos en compañía también de Celia, esposa de José María, que era una persona muy amable y simpática.

Como a José María le gustaba el teatro, organizamos una puesta en escena en la que participaron auténticos cantantes y bailarines de diversos lugares del Perú. Esa función se llevó a cabo, por primera vez, en el Teatro Municipal de Lima. José María participó con un monólogo de su autoría: *Kachkaniraimi* («Estoy aún»). Y yo recité un poema en quechua como introducción a la actividad teatral.

En algunos momentos en que teníamos la ocasión de conversar, intercambiar opiniones, José María me decía que pensaba escribir un libro dedicado íntegramente

a nuestra tierra, Andahuaylas. La pradera de los celajes, el hermoso valle del Chumbao, cuna de los aguerridos chankas que se retiraron a Lamas, en Tarapoto, por diversas circunstancias.

Hay tanto más que decir de José María Arguedas, pero todo está en el conocimiento, en la mente y el corazón de todos los peruanos. Porque él supo captar el sentimiento del hombre andino, con su bagaje de ternura y comprensión hacia sus semejantes; con su gran valentía y su entrega total en cada una de las manifestaciones de arte que ofrendaba a la *Pachamama* y a los *apus*, y sobre todo en la danza de las tijeras, declarada por la UNESCO «Patrimonio Inmaterial de la Humanidad». Para los andahuaylinos y todo el Perú este reconocimiento es un homenaje póstumo a José María Arguedas, a su gran trayectoria literaria y a su hondura como ser humano.

¡José María! Tu recuerdo es luz, es cariño entrañable. Andahuaylas, tu tierra natal, donde reposan tus restos, y el Perú entero te rinden pleitesía y se enorgullecen de ti.